

nuestras manos una obra suya: una de las conferencias que el difunto poeta dió en Oxford en 1865, y que versa sobre la misión de la mujer.

Ahora que con el nombre de feminismo se oponen teorías tan horriblemente feas sobre lo que debe ser la mujer en la sociedad, pretendiendo equipararla al hombre en la lucha social, armándola para ella con armas varoniles, y contrariando hasta lo más elemental de su naturaleza, es muy saludable asimilarse las consideraciones de un hombre como Ruskin que, contemplando la vida a la luz de la belleza, ve más claro el fondo de ella y posee mejor su sentido que los secos escrutadores de leyes económicas o los tristes marimachos sin amor. Unos y otros pretenden dignificar, realzar a la mujer... y empiezan por bajarla de su natural altura.

Para Ruskin la mujer es reina. Su reino es la vida toda, como el del hombre; pero ha de saber reinar en él de un modo distinto y conforme a su naturaleza. Y así hay que orientar su educación.

«Hay que asegurarle una educación física—que afirme su salud y perfeccione su belleza; y el mayor grado de ella se consigue solo por el esplendor de la actividad y de la fuerza delicada. Hay que perfeccionar su belleza para aumentar su poder, que nunca será demasiado grande, nunca difundirá demasiado lejos su brillo sagrado. Pero la hermosa libertad de su cuerpo será ineficaz sin la libertad del corazón. Toda violencia que se haga a una criatura naturalmente buena, toda oposición a sus instintos de amor y de actividad, quedará impresa en ella en caracteres indelebles cuya dureza será tanto más dolorosa en cuanto quitará brillo a la luz de su mirada inocente, y borrará el encanto de sus virtudes.»

¡Qué delicada concepción del «etero femenino»! ¡y qué contraste tan doloroso con la de aquellos que quieren dar, como gran dignidad, a la mujer los derechos políticos y el de defender pleitos ante los tribunales!

Y no se diga que Ruskin es un obs-

curantista que idealiza a la mujer ignorante vegetando con la rueca junto al hogar; no: oigámosle más:

»Después de haber modelado — ¡qué hermosa palabra!—su naturaleza física, a medida que las fuerzas que vaya adquiriendo lo permitan, hay que nutrir y formar su espíritu con todos los conocimientos que tiendan a afirmar su instinto natural de la justicia y a refinar su sentido natural del amor.

»Hay que darle todos los conocimientos que puedan ayudarla a comprender las obras del hombre y hasta a cooperar en ellas. Pero estos conocimientos no han de dársele meramente como tales conocimientos, porque el fin de ella no es propiamente conocer, sino sentir y juzgar. Poco importa que sepa una sola lengua o varias; pero importa mucho que pueda mostrar su bondad a un extranjero y comprender la dulzura de otro lenguaje. Poco importa a su valor o a su dignidad que le sea familiar tal o cual ciencia; pero es sumamente importante educarla en los hábitos de un justo juicio y que comprenda el sentido de las leyes naturales, y cuán precisas son, y cuán amables. Es insignificante que llegue a aprender más o menos nombres de ciudades y su situación; más o menos fechas, más o menos personajes célebres; pero es profundamente necesario señalarle a penetrar con su personalidad entera en la historia que lee, a vivificar los hechos con su propia vida, ayudándose de su brillante imaginación, a sentir con su delicado instinto lo patético de las circunstancias y lo dramático de las relaciones que muchas veces el historiador eclipsa con razonamientos o descompone con sistemáticos arreglos; pues su esfuerzo ha de aplicarse a seguir el rastro de la velada justicia, de las recompensas divinas, y a descubrir al través de la obscuridad el fatal hilo de fuego que liga a veces en un haz los errores y los éxitos.

»Pero lo que sobre todo hay que enseñarle es a extender los límites de su simpatía a esa historia actual que